

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

## **ACERCA DE LA SOCIOLOGÍA. DEL TERCER MUNDO.**

Luciana Iummato.

Cita:

Luciana Iummato (2009). *ACERCA DE LA SOCIOLOGÍA. DEL TERCER MUNDO. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/1266>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# ACERCA DE LA SOCIOLOGÍA DEL TERCER MUNDO

*Luciana Iummato*

*Gustavo Moscona*

*Alejandro Piqué*

*Luciana Sánchez*

*Facultad de Ciencias Sociales  
Universidad de Buenos Aires*

Junio de 2009

## Acerca de la Sociología del Tercer Mundo

### **Introducción**

Este trabajo se propone abordar temáticas que atravesaron la producción sociológica en América Latina en las décadas del 60 y 70, particularmente los debates en torno al rol del intelectual y de la teoría, el papel de la ciencia en relación al cambio social y la preocupación por fundamentar teóricamente las prácticas políticas.

Desde la producción teórica se tendrá en cuenta en primer lugar la figura de Roberto Carri y se incluirán los aportes de otros autores contemporáneos a este (Camilo Torres, Alcira Argumedo, Guillermo Gutiérrez, Frantz Fanon). Tanto Carri como Argumedo y Gutiérrez fueron exponentes de lo que se denominó el proceso de radicalización y peronización de los sectores medios en el

campo intelectual, lo cual se vio reflejado tanto en su obra como en su participación en las llamadas Cátedras Nacionales.

En las décadas del 60 y 70 la idea del compromiso impregnaba el campo de acción, no sólo en términos científicos sino también políticos. Esto atravesó las producciones abordadas por la Sociología de la época, que incorporó temáticas tales como la violencia, la dependencia, el imperialismo, la revolución, el Tercer Mundo y la liberación nacional, al mismo tiempo que desarrolló una crítica profunda a la ciencia de la época incorporando la figura del *intelectual comprometido*.

Cabe destacar que los sociólogos argentinos que formaron parte de esta Sociología del Tercer Mundo, retomaron en sus obras algunos postulados de autores nacionales como Jorge Abelardo Ramos, Arturo Jauretche, Juan José Hernández Arregui y Rodolfo Puiggrós, utilizando al igual que ellos el ensayo como forma de análisis y profundizando particularmente en sus producciones teóricas la vinculación entre violencia y política.

Para estos autores la reflexión sobre la violencia implicó el análisis de la situación de dependencia y del imperialismo. La violencia era entendida como un elemento histórico estructurante de todas las sociedades del Tercer Mundo que generaba en respuesta una violencia potencialmente revolucionaria.

Estos sociólogos que se definían como parte de la Sociología del Tercer Mundo realizaron una fuerte denuncia a una ciencia que según ellos, no contemplaba las necesidades del pueblo porque consideraban que el papel de la teoría y de los intelectuales era buscar el cambio social. En este sentido la ciencia, que siempre es política aunque no confiese ideologías ni intereses, debía ser para ellos, transformadora, y debía asumir el compromiso de servir a la lucha de los sectores populares.

## I

Wright Mills definía, en el período abordado, al intelectual como “el actor social fundamental y único factor de transformación en las sociedades pobres y analfabetas del Tercer Mundo”<sup>1</sup>, añadiendo que cuando las transformaciones revolucionarias no tenían lugar, la culpa recaería sobre el intelectual. Según esta definición, las zonas periféricas del mundo proporcionaban condiciones privilegiadas para la rebelión de los intelectuales contra los grupos dominantes.

Esta noción de intelectual comprometido conserva la alusión a la pertenencia profesional y se refiere a los intelectuales en tanto grupo de sujetos parcialmente especializados en torno a un

---

<sup>1</sup> Gilman, C. *Entre la pluma y el fusil*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2003, Pág. 16.

tipo de saber. Surge la imagen del intelectual contestatario asociado a la moral del compromiso que concibe la propia función cultural íntimamente ligada con la suerte del resto de la comunidad.

En nuestro país esta idea de compromiso, para muchos autores, fue introducida de la mano de Jean-Paul Sartre y Antonio Gramsci.

El pensamiento de Gramsci, que comenzó a ser evocado por el papel que asignaba al sujeto y a la iniciativa revolucionaria, y por el modo en que postulaba la relación entre intelectuales y masas o intelectuales y pueblo-nación, sirvió a muchos intelectuales para convencerse de que cumplían una función vital en la trama social: la de “despertar la conciencia revolucionaria”.

De Sartre se tomó la idea de que lo que guía al intelectual y condiciona su desempeño es su acción, resuelta a partir de la “contradicción profunda entre la universalidad que la sociedad burguesa se ve obligada a dar a su saber y el marco ideológico y político particular en el que está condenado a aplicarlo”<sup>2</sup>. Según el mencionado autor francés, aquella acción no puede ser sino la destrucción radical de lo particular, es decir la revolución.

Esta mirada acerca del intelectual implicó también una mirada sobre el científico social, que, consideraban, debía asumir su vínculo con lo que estudiaba y hacerlo desde una posición explícitamente política: la preocupación por la elección de los objetos de investigación, la urgencia por encontrar formas explicativas, marcos conceptuales originales para explicar las realidades latinoamericanas, el recupero de autores y corrientes propias de América Latina, y especialmente, el entendimiento del papel o función que el científico mismo juega en relación a lo social.

El “carácter activo del conocimiento”<sup>3</sup>, adquiere entonces particular interés. Esto implica que el conocimiento se desarrolla en función de las prácticas de la vida social, y dado que en el marco de esta última existen fuerzas contrapuestas y en lucha, también existen distintos conocimientos o distintas ciencias asociadas a cada una. Para Carri existe una ciencia para la liberación que se sustenta en las experiencias y las luchas del pueblo. El autor plantea en este sentido que “...frente a la permanencia o modificación de la realidad, las teorías surgen como expresión de las distintas fuerzas que allí se enfrentan. Las teorías liberales o desarrollistas aparecen expresando a las fuerzas oligárquicas o imperialistas que las promueven, aunque quienes a ellas se sienten aferrados no tengan conciencia del proceso y se imaginen haciendo ‘verdadera’ ciencia. Como contrapartida, la vinculación del conocimiento con la práctica colectiva de los pueblos, permite enriquecer al mismo llegando a una concepción realmente científica del devenir histórico”<sup>4</sup>.

---

<sup>2</sup> Entrevista a Jean-Paul Sartre publicada en el Suplemento N° 1 de la Revista Hombre Nuevo, citada en Leis, H.R. *Intelectuales y política, 1966-1973*, Buenos Aires, CEAL, 1991.

<sup>3</sup> Carri, R. “Pensamiento nacional y sociología antinacional.” En AA.VV, *Ciencias Sociales: ideología y realidad nacional*, Buenos Aires, Ed. Tiempo Contemporáneo, 1970. Pág. 145

<sup>4</sup> Carri, R. *op. cit.* Pág 146.

Héctor Leis por su parte reflexiona sobre este contexto afirmando que el intelectual que no se comprometía era considerado un desertor. Desde esta posición se decía que el intelectual en nuestro país y en Latinoamérica no solo podía, sino que debía ser un revolucionario, por hallarse ubicado en una situación histórica revolucionaria. El paso que va del intelectual comprometido al intelectual revolucionario puede traducirse en términos políticos como la diferencia entre reformismo y revolución.

Estas discusiones fueron conformando un clima de antiintelectualismo que estigmatizó como burgueses, contrarrevolucionarios o mercantilistas a todos aquellos que postularon la especificidad de su tarea y reclamaron la libertad de creación y crítica sin sujetarse a la decisión del poder político. Para el antiintelectualismo la literatura y la ciencia eran un lujo al que se debía renunciar porque al fin y al cabo para hacer la revolución sólo se necesitaban revolucionarios. Terán<sup>5</sup> considera que el antiintelectualismo fue la posición adoptada por la fracción de los intelectuales que se autodenominó revolucionaria, como resultado de su radicalismo ideológico y del crecimiento del valor de la política.

Debido a esta radicalización, los intelectuales que se definían como revolucionarios en esos años atacaron a la ciencia social empírica en gestación, acusándola de servir al proceso de penetración imperialista, en la medida que adoptaba recursos metodológicos y financieros externos y que no se pronunciaba al servicio de la causa de los sectores populares.

## II

Quienes asumieron la idea de desarrollar una Sociología del Tercer Mundo tomaron como marco para sus análisis sobre Latinoamérica la teoría de la dependencia.

Incorporar la situación de dependencia como elemento estructurante de las sociedades latinoamericanas supuso una revisión crítica de la historia que cuestionó los relatos sancionados por los países dominantes y adoptados por las elites de los países dominados. En este sentido Roberto Carri sostuvo que: “La Argentina, con los países de América hispánica se encuentra en una situación similar respecto del centro imperial dominante: Los Estados Unidos. Las desigualdades en el grado de su desarrollo material y en aspectos culturales y sociales respecto de los demás países latinoamericanos deben ser tenidas muy en cuenta (...), no pueden ocultar la cantidad de problemas comunes a resolver y la identidad de enfoques necesarios para comprender el problema

---

<sup>5</sup> Terán, O. *Nuestro años sesentas*, Buenos Aires, Editorial El cielo por asalto, 1993.

de la dependencia...”<sup>6</sup>. En otros escritos sostuvo que: “...el Tercer Mundo refiere a la lucha de los pueblos y no a los gobiernos; con una meta a cumplir: la destrucción del imperialismo. (...) El Tercer Mundo es simultáneo a la independencia de las colonias después de la segunda guerra mundial, a las nuevas condiciones de desarrollo del imperialismo contemporáneo bajo la hegemonía de Estados Unidos. Estas condiciones neocoloniales y coloniales, que hacen crisis después de 1945, tienen un antecedente de luchas y definiciones políticas, que avanzan progresivamente”<sup>7</sup>

Alcira Argumedo<sup>8</sup> planteaba por su parte que existe una base común de unidad entre los pueblos que componen el tercer mundo: éstos son los países periféricos que se constituyen como una “tercera fuerza” que se opone a toda forma de dominación y reivindican su nacionalidad arrasada por los países centrales. La división del mundo en zonas de influencia por parte de los EEUU y la URSS dio lugar a la aparición de una conciencia de unidad de estos pueblos, que buscan una opción propia y en oposición a un *enemigo* común. En este sentido, la experiencia de China se volvió un ejemplo a seguir, pues logró desarrollar un socialismo independiente de la Unión Soviética. Esto es también expresado por Guillermo Gutiérrez quien, desde una mirada que hace hincapié en el plano cultural, sostiene además que existe una Antropología colonial que es capaz de “...categorizar como culturas a los pueblos periféricos [lo cual] significó ‘cientificar’ la objetivación; aplicarse a investigar y manipular cada cultura en particular, implicó reconocer la identidad de cada pueblo y por lo tanto, paradójicamente, volver a reconocerlos como sujetos”<sup>9</sup>.

El sacerdote y sociólogo Camilo Torres también abordaba estas temáticas planteando que temas tales como la revolución social, el cambio social, los efectos sociológicos de la reforma agraria, del imperialismo, deben estar en el orden del día de la problemática sociológica latinoamericana<sup>10</sup>.

A partir del análisis de estos elementos, estos intelectuales comenzaron a denunciar que la producción científica se podía volver una forma más de la dominación social y política que ejercen los países centrales sobre la periferia, la que encubriendo su finalidad ideológica, intentaba cooptar a las elites intelectuales locales para cumplir sus propios intereses. Como consecuencia de este planteo se comenzó a cuestionar la concepción neutralista que, tanto los intelectuales humanistas como los modernizadores, acordaban en asignar a la actividad científica. Roberto Carri, por ejemplo, había denunciado actitudes iluministas y aristocráticas en la sociología argentina, la que no

---

<sup>6</sup> Carri, R. *op. cit.* Pág. 143

<sup>7</sup> Carri, R. “Política popular y política imperialista en la Argentina” en Carri, Trevignani, Bertone, *Análisis económico y político de la dependencia*, Buenos Aires, Ed. Guadalupe, 1974. Pág. 62-64

<sup>8</sup> Argumedo, A. *El Tercer Mundo: Historia, problemas y perspectivas*; en J.P Franco y A. Argumedo, *monopolios y Tercer Mundo* Buenos Aires, CEAL, 1971.

<sup>9</sup> Gutiérrez, G. “La cultura en la sociedad dependiente” Págs. 69-70

<sup>10</sup> Gally, H. *Camilo Torres, sacerdote y guerrillero: revolución popular, imperativo de cristianos y marxistas*, Ediciones Unidad, Buenos Aires, 1986.

comprendía cabalmente el protagonismo de las masas en la historia y la consecuente preeminencia de sus prácticas en la generación del conocimiento en consecuencia no puede escindirse, sin caer en “formalismos” la ciencia y la política en el marco de la praxis humana. Los formalismos de este tipo eran para Carri usados por el imperialismo dado que ocultaban y enmascaban la opresión del pueblo.

El autor proponía un conocimiento que adoptara a la práctica política como uno de sus principales instrumentos para acercarse a la realidad, y que expresara “...sin concesiones de ningún tipo y en todos los planos, la línea nacionalista y revolucionaria del pueblo...”<sup>11</sup>.

Para estos intelectuales radicalizados ya no había una sola ciencia sino dos: la impuesta por las metrópolis dominantes y aquella que está aún por hacerse: la ciencia potencial liberada y liberadora, que se valida por brindar conocimientos para ser usados por los sectores oprimidos<sup>12</sup>, y, fundamentalmente, por su contribución a la lucha de aquéllos por la modificación radical de las estructuras de dominación.

**En el espacio de las Cátedras Nacionales se afirmaba: “...fijamos límites en la participación personal de los sociólogos en la vida profesional; esos límites son la no aceptación de la estructura internacional de la profesión y la denuncia de la vinculación de la sociología –y los sociólogos- a los subsidios imperialistas (...).” Al mismo tiempo se imponía la revisión de la actitud científica clásica, incorporando de manera polémica a la sociología en las luchas políticas nacionales, haciendo de la sociología un instrumento de conocimiento y de lucha, renegando por lo tanto de la concepción aristocrática de la ciencia por la ciencia. Al definir a la sociología por la realidad y por las luchas populares de nuestra patria, se hacía evidente la necesidad de una definición estrictamente política de esa disciplina. Esta no podía ser ajena al proceso y, de una manera u otra, en uno u otro bando, estaba directamente vinculada al proceso liberador del pueblo argentino o era un instrumento político de su dependencia”<sup>13</sup>.**

En todos los autores había presente una fuerte denuncia a una ciencia que se desvinculaba de las necesidades del pueblo, el asumir el compromiso es asumir un destino común con los sectores populares, es dirigir toda práctica hacia la lucha por la eliminación de la explotación. Aquéllos que no operaban en esta línea se volvían teóricos para la perpetuación de la explotación, los teóricos funcionales a los monopolios y al imperialismo: “El formalismo, el evolucionismo

---

<sup>11</sup> Carri, R. *op. cit.* Pág. 157

<sup>12</sup> Carri, en este sentido, propone una “impugnabilidad colectiva de las conclusiones científicas” en función de las tareas que se desprenden de aquéllas y la corrección o no de sus afirmaciones.

<sup>13</sup> Revista “Cristianismo y Revolución” N° 22, enero 1970, Pág. 6.

progresista, el marxismo victoriano de los científicos sociales son las formas adoptadas por los monopolistas y sus fundaciones”<sup>14</sup>.

Es por eso que consideraban que el problema que debía abordar la ciencia, “el problema nacional por excelencia”<sup>15</sup>, era el cambio del sistema: todos los esfuerzos teóricos y todos los esfuerzos prácticos debían orientarse a potenciar las posibilidades de este cambio. La ciencia y el análisis se pensaban como fundamentación teórica para la práctica política.

**En este sentido se retomó fuertemente a Fanon y su interpretación acerca de la capacidad espontánea de las masas para la revolución y la aceptación de la violencia como medio para la liberación nacional de los pueblos del Tercer Mundo que viven bajo la explotación de los países imperialistas<sup>16</sup>. La preocupación teórica por la violencia adquirió un lugar central dada la coyuntura política de los países de la región, y las tácticas de los movimientos políticos revolucionarios a cuyas ideas comenzaban a adscribir crecientemente estos intelectuales.**

### III

Uno de los temas principales que se comenzó a discutir entre estos autores fue *la violencia*. Cabe destacar que todos hablaban de la violencia en el Tercer Mundo, específicamente en Latinoamérica. Enmarcar la reflexión sobre la violencia en el Tercer Mundo implicó el análisis de la situación de dependencia como escenario estructurante de las formas de expresión del malestar popular y de las formas de lucha existentes.

La obra de Carri es un claro exponente de la preocupación de los intelectuales de la época, tal como vemos en su libro *Isidro Velásquez. Formas prerrevolucionarias de la violencia*. Allí Carri se refiere al bandolerismo social tomando el caso de Isidro Velásquez, emergente de una respuesta popular, espontánea y violenta, que se produjo en el contexto particular de la sociedad chaqueña.

La integración de los países de América Latina a la economía mundial y capitalista se realizó a través de la penetración de los capitales extranjeros, de la destrucción de los sistemas productivos locales y del control de recursos naturales y actividades estratégicas por parte de los monopolios extranjeros. La situación de expoliación de los países periféricos por parte de los países centrales se repite al interior de cada país configurando áreas que son explotadas tanto por los monopolios

---

<sup>14</sup> Carri, R. *Isidro Velásquez. Formas Prerrevolucionaria de la violencia*, Buenos Aires, Ediciones Colihue, 2001.

<sup>15</sup> Varsavsky, O. *Ciencia Política y Cientificismo*. CEAL, Bs. As, 1969, Pág. 102.

<sup>16</sup> Fanon, F. *Los condenados de la tierra*, Ediciones Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1961.

extranjeros como por monopolios nativos<sup>17</sup>: “Los industriales argentinos, dada la particular conformación del país como sociedad dependiente y monopolista, actúan respecto de la economía chaqueña como otra potencia colonial aliada a los intereses generales del imperialismo”.<sup>18</sup> La provincia del Chaco es entonces una colonia interior del régimen signada por una historia de violencia: la violencia de la colonización, del desempleo, y del aparato represivo.

La respuesta popular (que en este libro está representada por el *bandolerismo social*) es también violencia, y un tipo de violencia prerrevolucionaria. En este punto Carri disiente con Eric Hobsbawm ya que este se refiere a los bandoleros sociales como *rebeldes primitivos*, cuya acción es *prepolítica*. Carri toma de esta definición sólo el término “rebelde” para caracterizar a Velázquez cuestionando duramente el calificativo “primitivo”, por su tinte evolucionista; y de “prepolítico”, ya que considera que toda manifestación social es por definición política y que, en todo caso, dadas sus limitaciones (por carencia de organización y por su carácter individual) es *prerrevolucionaria*.

El bandolerismo social es producido permanentemente por el imperialismo, la desposesión total de las comunidades rurales implica que su necesidad de superar el régimen es absoluta y sus manifestaciones violentas son un problema político vital.

En el libro *Poder imperialista...*, Carri vuelve a tratar el tema de la violencia. En esta obra habla de la *violencia total*. Ésta es una imposición ineludible de la sociedad imperialista y no una propuesta de los movimientos populares. El régimen impone la violencia represiva, la campaña de terror forma parte del núcleo de la ideología dominante y crea un ambiente general a través de los medios de comunicación, quienes desvían la atención de la propia realidad violenta del sistema para lograr su aceptación. La violencia es el modo cotidiano de imposición del régimen imperialista.

Puede analizarse a la violencia en tres aspectos: una violencia intrínseca a las relaciones sociales impuestas por el imperialismo que se expresa fundamentalmente en el campo económico, una violencia represiva y contrarrevolucionaria y una violencia consecuencia de las dos primeras: la violencia revolucionaria<sup>19</sup>.

Guillermo Gutiérrez realiza un análisis de la violencia a partir de los mismos supuestos teóricos de Carri: la situación dependiente del Tercer Mundo, la violencia del sistema, como modo de imposición del mismo, la violencia como constitutiva de las sociedades latinoamericanas.

---

<sup>17</sup> Y esto se evidencia en el marco de un análisis que entiende al imperialismo como variable principal y estructurante de la sociedad, el desenvolvimiento del sistema capitalista en los países centrales implica la concentración del capital y consecuentemente su expansión: la penetración imperialista a través de los monopolios es la manera en que las sociedades del Tercer Mundo se integran al capitalismo.

<sup>18</sup> Carri, R. *Isidro Velázquez. Formas prerrevolucionarias de la violencia*, Buenos Aires, Colihue, 2001.

<sup>19</sup> Carri, R. *Poder imperialista y liberación nacional. Las luchas de peronismo contra la dependencia*, Capítulo V, Efece, 1973.

Gutiérrez contempla asimismo otra dimensión de la opresión imperialista, su carácter nacional y social, el deterioro de las condiciones materiales de vida de los sectores populares se configura al ritmo del deterioro de su cultura e identidad. La pobreza, la desocupación y el hambre se instalan junto a la imposición de una cultura artificial. Por tanto, las respuestas populares que suponen la afirmación de la identidad, de las propias creencias, la resignificación de prácticas e íconos religiosos por parte de los sectores populares, son otras tantas formas de resistencia y confluyen así entre las experiencias que impugnan al sistema.

Otro autor que converge en las mismas preocupaciones respecto del lugar de la violencia en la política y el cambio social es Camilo Torres. También analiza estos conceptos en el contexto de las sociedades dependientes, de la misma manera que Gutiérrez habla de “deculturación popular”, Torres habla de colonialismo cultural, del “...transplante indiscriminado de corrientes culturales extranjeras...” como un aspecto más de la situación de opresión configurada por el sistema imperialista.

El análisis del plano cultural como campo de disputa, entre la imposición del régimen y la resistencia popular, ha sido abordado de manera diferente por los autores contemplados en este trabajo. Mientras que para Gutiérrez la religiosidad, en tanto aspecto de la cultura popular que supone prácticas aglutinantes es parte de las respuestas populares a la opresión, para Carri –de acuerdo con Fanon- la religión es un instrumento eficaz de dominación ya que justifica la subordinación. En palabras del propio Fanon: “...la burguesía colonialista es auxiliada en su labor de tranquilizar a los colonizados por la inevitable religión, los santos que han ofrecido la otra mejilla son citados y puestos como ejemplo”.

Dado que la violencia del régimen es cotidiana y permanente, la resistencia popular también lo es, las grandes luchas populares son momentos culminantes de un largo proceso: “...el camino hacia ellas es la larga gestación de esos acontecimientos, el largo proceso de resistencia popular, que, como la violencia estructural del sistema de opresión, es permanente...”<sup>20</sup>. Gutiérrez piensa en grados o niveles de conciencia en la respuesta popular. Sin embargo a diferencia de Carri, y en consonancia con Hobsbawm, Gutiérrez habla de una violencia prepolítica que es la alcanzada en un determinado grado de conciencia del pueblo sobre su situación violenta. Este grado es el representado por los bandoleros sociales como Isidro Velázquez. Según Gutiérrez esta violencia es prepolítica y se trata de una forma individual de resistencia. Se trata de casos particulares contra la propiedad privada y la ley, que identifican la situación de injusticia pero no van más allá, a sus causas estructurales<sup>21</sup>.

---

<sup>20</sup> Gutiérrez, G. *Explotación y respuestas populares*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1974.

<sup>21</sup> Esta impugnación no es hacia la propiedad privada de los medios de producción o al modo de producción capitalista.

Las manifestaciones populares que alcanzan la fase superior de la conciencia son aquellas que se plantean la toma del poder porque entienden con claridad los mecanismos de la explotación y adoptan formas organizativas superiores, con una estrategia política y militar: son las guerrillas que se proponen la liberación nacional.

El tema de la conciencia aparece también a lo largo de la obra de Carri. A pesar de que entiende las manifestaciones espontáneas de violencia como formas políticas, postula la necesidad de su organización, es decir la organización de la violencia espontánea e individual en un colectivo que se plantee la toma del poder para la liberación.

Torres en este sentido entiende a la guerrilla -manifestación violenta de la acción política- como un momento culminante y a la vez formante de la conciencia de la clase: "...en todos estos años quienes han cambiado son los campesinos (...) ha surgido un nuevo poder, paralelo al poder central, encarnado en los jefes guerrilleros apoyados por los campesinos, y todo esto ha generado una nueva actitud de los campesinos hacia todas las instituciones antes existentes..."<sup>22</sup>

### **A modo de cierre**

El presente trabajo es un intento de sistematizar la producción teórica de lo que se conoció como Sociología del Tercer Mundo y constituye un aporte para la discusión a la hora de pensar la década del 60 y del 70 con respecto a la radicalización política en las Ciencias Sociales. El mismo puede ser útil también como punto de partida para establecer una relación entre ese pasado y el presente con el fin de reflexionar acerca de la vigencia de los postulados de aquella Sociología del Tercer Mundo en la sociología de la actualidad.

Esa sociología de las décadas del 60 y 70 planteó explícitamente la politicidad del conocimiento que producía: la ciencia y específicamente la sociología eran una herramienta más que debía ser puesta al servicio de la transformación social y el intelectual o el científico debía comprometerse frente a la lucha de los sectores populares. Este compromiso se plasmó en las producciones teóricas del período que intentaron dilucidar problemáticas tales como el imperialismo, la dependencia, el Tercer Mundo, la violencia y la revolución. La violencia estructural (la violencia del sistema) que para estos intelectuales era manifestación de la dominación imperialista y de la situación de dependencia que esta producía se hacía visible en lo cotidiano, tanto en el accionar del aparato represivo, como en el desempleo, la pobreza y el hambre de los pueblos.

---

<sup>22</sup> Gally, H. *op.cit.*

En respuesta a esta violencia se presentaba la respuesta popular, expresión del malestar y la bronca, que era pensada por los sociólogos del tercer mundo como una potencial respuesta revolucionaria: si bien se trataba de manifestaciones espontáneas y desarticuladas se pensaba en la necesidad de su organización en tanto existía un fin común a todas ellas, existía un horizonte de cambio que era posible y cercano.

En la actualidad, las manifestaciones de la violencia estructural no han retrocedido: las causas que la producen siguen presentes y el deterioro en las condiciones de vida de los pueblos se incrementa. Cabe preguntarse, entonces: ¿cómo la sociología y las ciencias sociales en general leen hoy este escenario y especialmente cómo piensan la violencia que es respuesta popular, la violencia que es expresión del malestar y de la bronca? ¿Cómo se interpretan las manifestaciones de violencia, en un contexto en el que las ciencias sociales no parecen divisar la inexorabilidad de una transformación radical, revolucionaria? Frente a las expresiones de malestar social ocurridas, como la quema y destrucción de trenes en las estaciones de Haedo y Constitución, o la violencia cotidiana en las escuelas y en los barrios, ¿cómo piensa la sociología a los sectores populares y sus acciones?

Finalmente, pensar en la vigencia de los postulados de la llamada Sociología del Tercer Mundo es precisamente interrogar a la sociología y la ciencia social hoy sobre temas como la violencia, pero también sobre el rol de los intelectuales y la propia percepción sobre el mismo, la producción del conocimiento y el papel de la ciencia.

## Bibliografía

- Argumedo, A. *El Tercer Mundo: Historia, problemas y perspectivas*; en Franco, J. y Argumedo, A. *Monopolios y Tercer Mundo*, Buenos Aires, CEAL, 1971.
- -Carri, R. "Política popular y política imperialista en la Argentina" en Carri, R., Trevignani, H.H., y Bertone, C.A. *Análisis Económico y político de la dependencia* Buenos Aires, Ed. Guadalupe, 1974.
- Carri, R. *Isidro Velásquez. Formas prerrevolucionarias de la violencia*. Buenos Aires, Ed. Colihue, 2001.
- Carri, R. "Pensamiento nacional y sociología antinacional." En VV.AA: *Ciencias Sociales: ideología y realidad nacional*, Buenos Aires, Ed. Tiempo Contemporáneo, 1970.
- Carri R. *Poder Imperialista y liberación nacional. Las luchas del peronismo contra la dependencia*, Buenos Aires, Efece, 1973
- Fanon, F. *Los condenados de la tierra*, México-Buenos Aires, Ediciones Fondo de Cultura Económica, 1961.
- Gally, H. *Camilo Torres, sacerdote y guerrillero: revolución popular, imperativo de cristianos y marxistas*, Buenos Aires, Ediciones Unidad, 1986.
- Gilman, C. *Entre La Pluma Y El Fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Ediciones Siglo XXI, 2003.
- Gutiérrez, G. *Explotación y respuestas populares*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1974.
- Leis, H. *Intelectuales y política (1966-1973)*, Biblioteca Política Argentina N° 330, Buenos Aires, Ediciones CEAL, 1991.
- Terán, O. *Nuestros Años Sesentas*, Buenos Aires, Editorial El Cielo Por Asalto, 1993.
- Varsavsky, O. *Ciencia, Política y Cientificismo*. Buenos Aires, CEAL, 1969.